

Julio Nájera (Programa JUNTOS 2016)

Japón, el país del sol naciente, siempre había sido un sueño para mí poder recorrer sus calles y conocer la gran ciudad de Tokio o visitar esos lugares que desde pequeño gracias a las películas y a la influencia del Anime, fui conociendo y anhelando con mi corazón algún día estar presente y vivirlo con todos mis sentidos.



Como parte de mi trabajo pude conocer las distintas acciones que realiza la Embajada del Japón en El Salvador, así como los distintos programas que brinda como las becas Monbukagakusho o el Programa de Intercambio JUNTOS.

Este último fue para mí un reto, del cual doy gracias a Dios por haber sido aprobada mi aplicación, ya que pude ver cara a cara a un Japón desde distintas ópticas, a un Japón lleno de cultura y tradiciones, de tecnología pero también de amor por lo ecológico, de respeto y un alto sentido de la responsabilidad y puntualidad.

Todo comenzó un 27 de Febrero en el que emprendimos esa aventura, y aunque pareciera extraño a pesar de estar al otro lado del mundo, tuvimos un recibimiento muy ameno por Miki, Mishiko y Miyuji, a quienes les nombramos nuestras “madres gallinas”, quienes con su dedicación y pasión hicieron de nuestra estadía como si estuviésemos en casa.

Para mí cada día era algo sorprendente, poder buscar en el baúl de los recuerdos parajes y escenas que había visto en películas o leído en artículos, y otros totalmente nuevos que desconocía. Con JUNTOS 2016 pude conocer cuatro prefecturas, Tokio, Kioto, Hiroshima y Shiga, en donde el medio ambiente fue el tema central, aunque no el único.



Cada día de nuestra estadía contamos con una agenda variada, en donde visitamos distintos lugares, siendo recibidos siempre con una sonrisa, con amabilidad y respeto, y una de las cosas que me apasionaron fue la arquitectura, en donde aproveché a poner en práctica uno de mis hobbies principales, la fotografía, de las cuales ahora al verlas puedo contar toda una historia alrededor de ellas.

Era sorprendente estar en medio de la gran urbe como lo es Tokio, lleno de rascacielos y de pronto encontrarnos con un Templo o un Santuario, en donde el tiempo parecía detenerse, hacer una pausa en el día a día, en donde se respiraba aire de quietud y sosiego.

De la misma manera disfruté mucho ver el uso de la vestimenta tradicional, poder apreciar mientras caminábamos a personas con yukata (kimono de algodón), con su wagasa o paraguas de papel, departiendo un momento con conocidos mientras tomaban un té, yendo de compras, o simplemente haciendo

turismo.

Entre las edificaciones más emblemáticas para mí fue la visita al Templo Kiyomizudera, donde cada espacio en éste se encuentra lleno de simbolismo, de detalles, de tradición, como lo es la Cascada Otowa, dividida en tres vertientes, donde las personas pueden beber de ellos para conseguir salud, una larga vida y éxito en los estudios o en el amor (indudablemente me atreví a hacerlo), no sin antes lavar primero mis manos para limpiar el exterior y luego beber del agua para absorber la energía sanadora del templo.

En el tema de medio ambiente puedo resaltar, que Japón realiza una labor grande en cuanto a la reducción, reciclaje y reutilización de los desechos sólidos, por ejemplo visitamos la Ishizaka Industry en Tokio, una empresa destinada al reciclaje de los materiales de construcción de las edificaciones, dicha empresa separa los “desperdicios” madera, hierro, concreto, entre otros, transformándolos nuevamente en materiales que se pueden reutilizar; o el Centro de Tratamiento de residuos sólidos en Ariake, en donde se realiza (mediante un proceso previo de separación de los desechos por parte de los usuarios) la incineración a través de altos estándares de calidad e higiene, de los desechos sólidos, disminuyendo su volumen, generando energía, la cual es canalizada para la iluminación de miles de hogares japoneses.

Uno de los parajes que me encantó más fue la isla Miyajima, embarcarnos en el lago y observar desde lejos esa belleza de vegetación exuberante, mística, y sagrada; y poder recorrerla admirando a la fauna local como lo son los venados que viven libremente, poder encontrar un templo o múltiples pagodas en medio de su boscosa vegetación, o bien sentir el calor de las personas al entrar en el sector comercial y poder disgustar algunos de los bocadillos del lugar como Momiji Manju, un postre artesanal elaborado en forma de hoja de maple, o las auténticas ostras japonesas.

Y hablando de la gastronomía, creo que es de las cosas que más extrañaré de Japón, su variedad de sazones y sabores, así como la forma muy innovadora de presentar la comida en los escaparates de los restaurantes; pero más allá de esto, la tradición que engloban algunos platillos hace que sean más que especiales, como lo es el Sukiyaki, un platillo perfecto para la época de invierno, siendo preparado por todos en la mesa, conteniendo carne de res, lechuga, retoños de soya, tofu, huevo crudo y el elemento secreto su salsa, la cual está elaborada a base de sake, salsa soya y azúcar. ¡Una delicia al paladar!



La visita a Japón me permitió aprender muchas cosas importantes como las tres R, reducir, reciclar y reutilizar, lo cual estoy optando por aplicarlas en mi trabajo y en mi hogar, principalmente en el uso del papel y el agua de manera adecuada; aprendí también a que la creatividad y la innovación son elementos fundamentales en cualquier cosa que se emprenda para darle ese valor agregado; aprendí que el respeto por nuestra historia es invaluable, ya que sin ella quedamos alienados y olvidamos todo el esfuerzo que nuestros ancestros hicieron para hacer de lo que hoy conocemos algo mejor.

Aprendí que nuestro medio ambiente debe de cuidarse y respetarse como si fuera una persona, y que toda acción que hagamos positiva o negativa hoy, cosecharemos las consecuencias en el futuro; aprendí que la puntualidad no es solo un buen valor, sino que es un estilo de vida que brinda confianza y establece buenas relaciones; aprendí a aprender, en cómo un viaje a una cultura impresionante ha dejado huella en mi vida, transformando mi mente y propiciando cambios por pequeños que sean en mi entorno, en mi familia, en mis amigos, en mi trabajo.

Los nueve días que pude estar en Japón cambiaron mi vida, y le doy gracias al Gobierno de Japón, a la Embajada de Japón en El Salvador y a todas las personas y organizaciones que con su aporte fueron parte del Programa JUNTOS 2016, por eso y mucho más, ARIGATO GOZAIMASHITA (GRACIAS).